Abrazar la vida. Mujer, ecología y desarrollo

Vandana Shiva

El Siglo de las Luces, y la teoría del progreso a la que dio origen, se centraba en el carácter sagrado de dos categorías: el conocimiento científico moderno y el desarrollo económico. En algún momento, el desenfrenado afán del progreso, guiado por la ciencia y el desarrollo, empezó a destruir la vida sin valorar en absoluto la rapidez con que estaba desapareciendo la diversidad en este planeta y la magnitud del fenómeno.

El acto de vivir y de celebrar y conservar la vida en toda su diversidad –en las personas y la naturaleza- parece haber sido sacrificado en aras del progreso, y la santidad de la vida sustituida por la santidad de la ciencia y el desarrollo.

La muerte de la naturaleza constituye el centro de la amenaza a la supervivencia. Los constantes ataques a la naturaleza alteran los ciclos vitales y amenazan con una rápida extinción de la diversidad. [...] Los bosques son la matriz de los ríos y manantiales, y destruirlos en las regiones tropicales equivale a desecar y desertizar la tierra.

Con la destrucción de los bosques, el agua y la tierra, estamos perdiendo los sistemas en que se apoya la vida. Esta destrucción se está llevando a cabo en nombre del "desarrollo" y el progreso, pero debe haber algo muy equivocado en un concepto de progreso que amenaza la propia supervivencia. La violencia hacia la naturaleza, que parece inherente al modelo de desarrollo dominante, se asocia también con la violencia hacia las mujeres que dependen de la naturaleza para obtener el sustento para ellas, sus familias y sus sociedades.

A partir de la revolución científica europea, la economía se convirtió de prudente administración de los recursos para el sustento y satisfacción de las necesidades básicas en un proceso de producción de bienes para hacer el máximo de ganancias, eliminando las implicaciones éticas y cognoscitivas que pudieran impedir esa explotación.

En su afán por sobrevivir a los ataques de la ciencia y el desarrollo, las mujeres han comenzado una lucha que desafía las categorías principales del patriarcado occidental: los conceptos de naturaleza y mujer, y los de ciencia y desarrollo. Están desafiando el supuesto universalismo de la ideología patriarcal no con otra tendencia universalista sino con la diversidad; y están desafiando el concepto dominante de poder como violencia con el concepto alternativo de la no violencia como poder.

El desarrollo, la ecología y la mujer

El "desarrollo" debió haber sido un proyecto poscolonial, una alternativa para aceptar un modelo de progreso en el cual el mundo entero se rehizo siguiendo el modelo del moderno occidente colonizador, sin tener que sufrir el sometimiento y explotación que entraña el colonialismo. Se partía de la suposición de que el progreso al estilo occidental era posible para todos. De ese modo, el desarrollo, como mejoramiento del bienestar de todos, se equiparó con la occidentalización de las categorías económicas (de necesidades, productividad y crecimiento). Los conceptos y categorías referidos al desarrollo económico fueron elevados al nivel de postulados.

Para ser viable, este este proyecto necesitaba que las potencias ocuparan permanentemente a las colonias, y destruyeran la economía natural local. El desarrollo, la generación de excedentes comerciales, se convirtieron en fuente de pobreza para las colonias, y condujo incluso a la creación de colonias internas. Así, el desarrollo se redujo a ser la continuación del proceso de colonización, un modelo basado en la explotación o exclusión de la mujer (occidental y no occidental), en la explotación y degradación de la naturaleza, y en la explotación y destrucción gradual de otras culturas. El crecimiento económico sustrajo recursos de quienes más los necesitaban, sólo que en vez de potencias coloniales, los explotadores eran "las nuevas élites nacionales".

La privatización de la tierra con el objetivo de generar ingresos desplazó especialmente a las mujeres, y menoscabó sus derechos tradicionales al uso de la tierra. [...] las mujeres quedaron con magros recursos para alimentar y atender a los niños, los ancianos y los enfermos, mientras los hombres emigraron o los colonizadores los reclutaron para cumplir trabajo forzado. Los proyectos de

desarrollo se apropiaron de la base natural de recursos para la producción de los medios de subsistencia o la destruyeron. Si bien el sometimiento de la mujer y el patriarcado son antiguos, adoptaron nuevas y más violentas formas a través del proyecto de desarrollo.

Los supuestos de este modelo patriarcal de desarrollo son evidentes: la naturaleza es improductiva; la agricultura orgánica basada en los ciclos naturales de renovación significan pobreza; las mujeres, pueblos tribales y sociedades campesinas ligadas a la naturaleza son igualmente improductivas. En esta visión del mundo, un río estable, limpio, no cuenta como recurso productivo: es necesario "desarrollarlo" con represas para que se convierta en eso. Los bosques naturales permanecen improductivos hasta que se los desarrolla en forma de monocultivos de especies destinadas al comercio.

El mal desarrollo es la violación de la integridad de sistemas orgánicos interconectados e interdependientes, que pone en movimiento un proceso de explotación, desigualdad, injusticia y violencia. Esta es la razón por la cual Mahatma Gandhi dijo: «Lo que hay en el mundo basta para satisfacer las necesidades de todos pero no la codicia de algunos».

El mal desarrollo es mal desarrollo en pensamiento y acción. En la práctica, esta perspectiva fragmentada, reduccionista y dualista viola la integridad y armonía del hombre con la naturaleza, y la armonía entre el hombre y la mujer. Rompe la unidad cooperativa de lo masculino y lo femenino y pone al hombre, despojado del principio femenino, por encima de la naturaleza y la mujer y separado de ambas. La naturaleza y la mujer han sido convertidas en objetos pasivos para ser usadas y explotadas por los deseos descontrolados e incontrolables del hombre alienado. De creadoras y sustentadoras de la vida, la naturaleza y la mujer están reducidas a ser "recursos" en el modelo del mal desarrollo, fragmentado y contrario a la vida.

Hablar de productividad y desarrollo es hablar también de pobreza. Y hay dos formas de entenderla: como subsistencia y como privación. Es útil separar una concepción cultural que considera pobreza la subsistencia de la experiencia material de la pobreza que resulta del desposeimiento y la privación. La pobreza percibida culturalmente no necesariamente es auténtica pobreza material: las economías de subsistencia que satisfacen las necesidades básicas mediante el autoabastecimiento no son pobres en el sentido de estar privadas de algo. La subsistencia, como pobreza percibida culturalmente, no necesariamente implica una baja calidad material de vida.

En todo caso, el desarrollo buscó legitimarse equiparando la prudente subsistencia con la pobreza. Como proyecto culturalmente tendencioso, destruye los estilos de vida sanos y sostenibles y crea verdadera pobreza material, o miseria, al desatender las necesidades de subsistencia mismas por desviar recursos hacia la producción de mercancías. Así, la pobreza que genera el desarrollo ya no es cultural y relativa: "Es absoluta y amenaza la supervivencia misma de millones de seres de este planeta.

La economía tradicional, respetuosa de la ecología, ha sido capaz de atender necesidades básicas. Mientras tanto, en las sociedades industriales las mismas necesidades se satisfacen mediante cadenas tecnológicas más largas que requieren mayor cantidad de energía y recursos para funcionar y que excluyen a gran número de personas sin poder adquisitivo; segundo, la opulencia genera necesidades nuevas y artificiales que exigen mayor producción de bienes industriales y servicios. Y entre tanto, a las economías basadas en tecnologías indígenas se les juzga atrasadas e improductivas.

Ambos modelos entran en conflicto ante la realidad: La demanda de recursos para abastecer las economías de mercado que dominan ciertas fuerzas mundiales hace disminuir cada vez más la base de recursos necesarios para la supervivencia. El consumo de materias primas para la economía industrial se determina pura y exclusivamente por las fuerzas del mercado y no por consideraciones de índole social o ecológica. En los hechos, hay menos agua, menos tierra fértil y menos riqueza genética como resultado del proceso de desarrollo.

La recuperación del principio femenino permite trascender de los cimientos patriarcales del mal desarrollo y transformarlos. Permite redefinir el crecimiento y la productividad como categorías vinculadas a la producción —no a la destrucción— de la vida. De modo que es un proyecto político, ecológico y feminista a la vez, que legitima la vida y la diversidad, y que quita legitimidad al conocimiento y la práctica de una cultura de la muerte que sirve de base a la acumulación de capital.

Ciencia, naturaleza y género

La política de la vida centrada en el principio femenino pone en tela de juicio los principales postulados no sólo de la economía política sino también de la ciencia de los procesos que amenazan la vida.

Política y económicamente cada proyecto que fragmentó la naturaleza y desplazó a la mujer del trabajo productivo fue legitimado como "científico" haciendo funcionar conceptos reduccionistas para lograr la uniformidad, la centralización y la dominación. [...] Las tendencias reduccionistas y universalizadoras de semejante "ciencia" se volvieron inherentemente violentas y destructivas en un mundo que es inherentemente interrelacionado y diverso. El principio femenino se transforma en una categoría de oposición por sus modos no violentos de concebir el mundo y actuar en él para sustentar la vida manteniendo la interconexión y diversidad de la naturaleza.

La ciencia moderna se nos presenta como un sistema de conciencia universal y neutro, que ha desplazado a todos los demás sistemas de creencias y conocimientos por su universalidad y neutralidad en materia de valores, y por la lógica de su método para llegar a afirmaciones objetivas acerca de la naturaleza. Sin embargo, el saber femenino ha ido reconociendo que esta ciencia representa realmente un proyecto masculino y patriarcal que necesariamente entraña la subyugación de la naturaleza y la mujer.

Este proyecto, claramente representado por Bacon, reconocido como padre de la ciencia moderna, beneficiaba al empresario europeo de clase media haciendo coincidir en la ciencia el conocimiento humano y el poder. Su método experimental era fundamentalmente dicotómico: promotor de la dominación masculina y científica sobre la naturaleza, la mujer y lo no occidental. Para Bacon, la naturaleza ya no era la madre naturaleza sino una naturaleza hembra, conquistada por una agresiva mentalidad masculina. Ciencia y masculinidad se asociaron para dominar la naturaleza y la feminidad, y las ideologías de la ciencia y del género se fortalecían mutuamente.

Hoy en día, con una nueva conciencia respecto al medio ambiente, los ecologistas de todo el mundo se vuelven hacia las creencias de los pueblos indígenas de América y de otros lugares como una fuente especial para aprender cómo vivir en armonía con la naturaleza.

Durante más de tres siglos rigió el reduccionismo como único método y sistema científico válido y deformó la historia tanto de los occidentales como de los no occidentales. Ocultó su ideología tras protestas de objetividad, neutralidad y progreso. Su estrechez se oculta con la pretensión de universalidad, y sólo puede reconocerse si se le mira desde una tradición distinta. Este modelo supone violencia, pues conduce a la subyugación y destrucción del conocimiento cultivado por mujeres y culturas no occidentales.

La tradición epistemológica de esta ciencia es reduccionista en tanto redujo la capacidad humana de conocer la naturaleza al excluir a otras personas y otras vías de conocimiento y redujo la capacidad de la naturaleza para regenerarse y renovarse creativamente manipulándola como materia inerte y fragmentada. Sus postulados se basan en la homogeneidad. En contraste con las metáforas orgánicas en las que los conceptos de orden y poder se basaban en la interconexión y la reciprocidad, la metáfora de la naturaleza como una máquina se basaba en el postulado de la separación y manipulabilidad.

Argumento que la ciencia moderna está relacionada con la violencia y el lucro incluso en esferas pacíficas como, por ejemplo, la silvicultura y la agricultura, en las que el objetivo declarado de la investigación científica es el bienestar humano, pues incluso en ellas subyace el reduccionismo de la obtención de ganancias y la acumulación de capital. De las propiedades de un sistema de recursos sólo se tienen en cuenta las que generan ganancias a través de la explotación y la extracción: Los bosques, la tierra y los recursos genéticos son pues manipulados para incrementar la producción de pasta de papel, y se legitima científicamente esta desviación argumentando que así se eleva la productividad general, aunque pueda descender la producción de agua de un bosque o reducir la diversidad de las formas de vida que constituyen una comunidad forestal.

En las economías de subsistencia, las mujeres –que producen y reproducen la vida en sociedad con la naturaleza- han sido expertas en su propio derecho a un conocimiento holístico y ecológico de los procesos naturales. Pero el paradigma reduccionista no reconoce estos modos de conocimiento alternativos encaminados a obtener beneficios sociales y satisfacer las necesidades de subsistencia.

En defensa de la ciencia moderna se arguye que no es la ciencia en sí sino el mal uso político y la aplicación tecnológica carente de ética la que conduce a la violencia. Siempre resultó claro que este

argumento era engañoso, pero hoy es totalmente insostenible ya que la ciencia y la tecnología se han vuelto inseparables desde el punto de vista cognoscitivo y la amalgama ha sido incorporada al complejo científico, militar e industrial del patriarcado capitalista. [...] La ciencia afirma que siendo las verdades científicas verificables y neutras son creencias justificadas y por lo tanto universales, sin tener en cuenta el contexto social.

¿Por qué hemos de ver la ciencia moderna como un gran avance para la humanidad cuando se logró sólo a costa del deterioro de la condición social de la mayoría de la humanidad, mujeres y culturas no occidentales inclusive?

No hace tanto tiempo que la mayoría de los filósofos, sociólogos y antropólogos, occidentales y no occidentales, relegaron todo el pensamiento tradicional a la esfera de lo sobrenatural, lo místico y lo irracional. [...] De conformidad con un método científico abstracto, se pensaba que los científicos formulaban enunciados que correspondían a las realidades de un mundo que podía observarse en forma directa.

En una época en la cual la cuarta parte de la población mundial corre peligro de morirse de hambre debido a la erosión del suelo, la falta de agua y la destrucción de la diversidad genética de los recursos vivientes, perseguir el espejismo del crecimiento infinito, difundiendo tecnologías que destruyen los recursos, se convierte en la principal fuente de genocidio. Matar gente asesinando la naturaleza es una forma invisible de violencia que hoy constituye la mayor amenaza a la justicia y la paz.

Tendríamos que ver las estructuras de la ciencia como artefacto cultural más que como mandamientos sagrados. La recuperación intelectual del principio femenino crea nuevas condiciones para que las mujeres y las culturas no occidentales se conviertan en actores principales en el establecimiento de una democracia de todo lo viviente, como fuerzas que contrarresten la cultura intelectual de muerte y prescindibilidad que crea el reduccionismo.

Los movimientos ecológicos son movimientos políticos a favor de un orden mundial no violento en el cual se preserve la naturaleza para preservar las posibilidades de supervivencia. Estos movimientos son pequeños pero están creciendo. Son locales, pero su éxito radica en la repercusión que han tenidos en otros lugares. Sólo piden el derecho a la supervivencia aunque con esa exigencia mínima se asocia el derecho a vivir en un mundo pacífico y justo. Del éxito que tengan estos movimientos populares depende el problema de la supervivencia en el planeta. A menos que se reestructuren ecológicamente las concepciones del mundo y los estilos de vida, la paz y la justicia seguirán siendo violentadas y al final la mismísima supervivencia de la humanidad estará amenazada.

Nota importante: *Este texto está construido con extractos tomados de la introducción y los capítulos I y II del libro original, adaptando algunas expresiones con el fin de dar continuidad a la redacción y garantizar una mejor comprensión de las ideas expresadas. Esta edición del material fue realizada con fines de discusión en el ámbito académico académicos, cuidando respetar en todo momento el sentido del material original.*

Referencia bibliográfica completa: SHIVA, Vandana. (1995) *Abrazar la vida. Mujer, ecología y desarrollo.* Madrid: Horas y Horas. [*Staying Alive. Women ecology and survival.* 1988] pp. 19-75.